

Crónica del periódico *La Vanguardia* sobre fusilamientos a trabajadores en huelga en la Patagonia en 1922

31 de enero de 1922

Redacción del periódico *La Vanguardia*

Fuente

La Vanguardia, Año XXVIII, N° 5254, 31 de enero de 1922. En *La Vanguardia: selección de textos (1894-1955)*, compilador Roberto Reinoso. Biblioteca política argentina, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985.

Los crímenes de Santa Cruz

Los fusilamientos de la Patagonia.

Hablando con un obrero que estuvo en un "campamento". Apaleamientos, robos, fusilamientos a granel. Un método de tortura digno de la inquisición. Lista de asesinados. Preparando testigos falsos. Interpelación socialista.

Hemos recibido la visita del ciudadano Francisco Vega, recién llegado de San Julián, territorio de Santa Cruz. Era pasajero del vapor "Asturiano".

Este ciudadano ha sido un actor en la tragedia del sur. El ha visto todos los horrores que se han perpetrado en nombre de la ley y de la patria.

Nos contó mucho, tanto que la simple, escueta narración nos llevaría demasiado lejos.

Sin embargo, todo saldrá, porque las declaraciones de Vega, junto con una serie de documentos que obran en nuestro poder, serán la base de la interpelación que uno de estos días formulará el grupo parlamentario socialista en la cámara de diputados.

De lo mucho que sabemos, de lo mucho que nos contó, vamos hoy a ofrecer a nuestros lectores algunos concretos.

La huelga.

Francisco Vega trabajaba como esquilador en la estancia "La Asturiana", de José Álvarez, situada a 30 leguas al oeste de San Julián.

Faltaban 3 ó 4 días para dar por terminada la esquila, cuando se presentó en la estancia una comisión de 13 obreros invitándolos a declararse en huelga. Tres trabajadores, y entre ellos Vega, fueron en busca de sus caballos y siguieron a los de la comisión.

Por qué se declaró la huelga.

La Federación Obrera se decidió a declarar la huelga por las siguientes razones:

Primera: las condiciones de trabajo que se firmaron en 1920 en Deseado no eran cumplidas.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Segunda: los obreros de un 70 % de estancias, excepto los esquiladores, no conseguían el pago de los salarios que se les adeudaba por su trabajo.

Tercera: gran número de trabajadores habían desaparecido en forma misteriosa.

Y los obreros querían saber qué había sido de sus compañeros, que se pagaran los jornales atrasados, y que el pliego de condiciones firmado en 1920 fuera cumplido.

El campamento.

Como los motivos eran concretos y sentidos por todos los trabajadores del campo, la huelga fue aceptada inmediatamente por todos ellos.

Las comisiones recorrían las estancias y se llevaban a la gente.

Luego los diversos grupos se encontraron en un lugar previamente acordado.

Esto es el campamento.

En este campamento en la zona de San Julián se reunieron 250 trabajadores.

El campamento no era fijo, sino que cambiaba frecuentemente. En los cambios los obreros entraban en las estancias que encontraban, llevándose de la despensa los víveres que les hacían falta.

No maltrataron a nadie. No se insolentaron con nadie. Iban armados, sí: unos tenían revólver, otros winchester, otros máuser. Pero, en la Patagonia, el hombre es inseparable del arma y del caballo.

Carecían en absoluto de organización. Unidos por los fines comunes que perseguían, propietarios de los caballos que montaban, recorrían el campo en espera de noticias. Ni por un minuto pensaron en revolución, ni siquiera en hacer armas contra la autoridad.

Llegan los soldados.

El primer campamento se formó el 27 de noviembre pasado. Las tropas alcanzaronlo el 17 de diciembre. Las mandaba el capitán Araya. Los soldados, del 2 de caballería, iban montados, porque no hay caminos para automóviles.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

El primer incidente.

Entonces se produjo un incidente sin valor real, pero que tuvo sus consecuencias. Un soldado, destacado del grueso de la tropa y a gran distancia de él, se precipitó al galope sobre el campamento.

Uno de los obreros disparó contra el caballo, hiriéndolo. El soldado retrocedió, y unos segundos después la tropa enfiló las dos ametralladoras que llevaba contra el campamento y disparó más de quinientos tiros.

Los obreros no respondieron. Procuraron guarecerse de la lluvia de balas, echándose en unas zanjas excavadas para ser cimientos de un edificio. Cesaron los disparos y una bandera blanca apareció por encima de una de las ametralladoras, a la vez que los soldados, con sus gestos, invitaban a los obreros a parlamentar.

Del campamento se destacó una comisión, a la que fue intimada la rendición inmediata bajo promesa de que nadie sería molestado.

Albino Arguello.

Los obreros se entregaron, confiados y más sabiendo que el año pasado la promesa fue cumplida. Además, se trataba del ejército y ¿quién podía sospechar que se comportaría como la policía o como un brigante de la liga tenebrosa?

Pero, eso sucedió.

Las armas las dejaron en el campamento y se dirigieron hacia los soldados, quienes inmediatamente los rodearon. Los hicieron poner en fila: apuntaron contra ellos ametralladoras y máuseres. Y empezó una inspección odiosa.

Cincuenta obreros fueron cruelmente atados. Pero, de todos distinguieron a dos.

El "paraguayo" Jara, peón, y Albino Arguello. Estos dos, especialmente Arguello, eran los líderes del sector San Julián.

Arguello tenía 28 años, era herrero de oficio, argentino. Fue afiliado a nuestro partido, del Centro de la 1ra. Nueva Pompeya, Era honrado, trabajador, consciente. A pesar de no ser viejo en el territorio, se captó las simpatías de todos sus compañeros por su moralidad y su carácter sin doblez. Y bien:

Fue interrogado por unos instantes y luego apaleado por el sargento Espínola o Espíndola, hasta ensangrentarlo: todo esto delante de sus compañeros.

Después se dio orden de marcha a todo el mundo. No habían avanzado cien metros cuando oyeron unas detonaciones. Arguello y Jara habían sido fusilados.

—Yo los vi —nos dijo Vega—. Cuando me dejaron en libertad, volví a pasar por el campamento. Y los vi muertos. A Arguello habían querido quemarlo; no lo consiguieron, pero su cabeza, los brazos y el tronco espetaban horriblemente desfigurados por la acción del fuego.

En la estancia San José.

Los demás fueron llevados a la estancia San José, propiedad de Menéndez e Iriarte, distante más de dos leguas del campamento. Y allí los encerraron en un corralón. En San José se desarrollaron escenas de una crueldad increíble

Martense

Martense era un almacenero, español, cuyo negocio estaba cerca de San José, en un campo propiedad de un tal Basilio Aranda. Con este desventurado se procedió con una bestialidad inaudita.

En la mañana del 20 de diciembre clavaron dos estacas en el suelo. Tomaron a Martense, lo echaron al suelo y lo ataron de manos y pies a las estacas respectivas. Luego, con un ensañamiento digno de Torquemada, le pusieron una piedra puntiaguda bajo la nuca "para que le sirviera de almohada". Lo tuvieron así hasta la noche. Fue un día terrible de viento huracanado que arrastraba nubes de polvo. Cuando lo desataron estaba casi cubierto de tierra y parecía muerto. No lo estaba, sin embargo, pero al llegar a la media noche el infeliz Martense fue fusilado.

—Yo lo vi, y conmigo lo vieron todos, nos dijo Vega.

Sí, ciertamente, si estas cosas no se ven, no se cuentan.

Hubo más víctimas. Todos los días, de las 24 a la una, sacaban a un infeliz del corralón. A los pocos minutos se oían unas detonaciones.

— ¿Los fusilaban?

-Sí señor.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

— ¿Cómo lo sabe usted? ¿Lo hacían delante de ustedes?

—No, pero yo vi los cadáveres y los reconocí. He aquí cómo fue.

En libertad.

El 23 de diciembre un estanciero con el cual había trabajado pidió su libertad y la consiguió. Es de advertir que los obreros eran fusilados o libertados a simple pedido o indicación de los estancieros o de los brigantes de la liga tenebrosa.

A la vez que le daban la buena nueva, le fue entregado el siguiente "pasaporte":

"Certifico que Francisco Vega ha sido puesto en libertad por no haber mérito a su detención.

En San José, 23 de diciembre de 1921. Firmado: Federico T. Sidders, subteniente."

Se dirigió en busca de los dos caballos de su propiedad. Y al paso vio el siguiente cuadro horrible: cinco cadáveres amontonados sobre otros dos a medio enterrar.

Todos presentaban terribles quemaduras, pues una vez fusilados, rociaban los cadáveres con nafta.

A todos reconoció.

Horrorizado, clavó espuela a su caballo y huyó. De regreso para San Julián, es cuando vio los cadáveres de Arguello y Jara.

Hay más.

No sólo asesinaron y torturaron. Robaron también. A todos, al tomarlos presos les robaron los anchos "tiradores", que en aquellas regiones son el baúl de los pobladores. En los "tiradores" llevan toda su documentación y dinero.

Y bien. Los soldados se quedaron con los "tiradores" y con lo que contenían. Vega tenía en el suyo 450 pesos. Se fue sin ellos.

-¿No le dieron recibo? -dijimos. —No, señor.

-¿Por qué no los reclamó?

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

—No se podía reclamar, señor. Yo vi apalear a más de un compañero que lo hizo.

Un episodio.

¿Eran salvajes los trabajadores? ¿Eran asesinos, ladrones?

No. No hirieron a nadie, no maltrataron a nadie, no robaron a nadie.

He aquí un episodio elocuente, contado por el mismo estanciero Ángel Gastaldi, que fue su protagonista.

Este estanciero huyó en automóvil cuando le dijeron que una comisión de huelguistas se dirigía a su estancia para llevarse a la gente.

Huyó porque lo tenían horrorizado las "historias" que bocas interesadas hacían circular. A la estancia abandonada llegaron los huelguistas. Registraron la casa en busca de armas.

Abrieron un baúl, y en vez de armas vieron un reloj de oro, diversas alhajas y una cartera con dinero. El que hacía de jefe hizo salir a todo el mundo y al rato salió él también.

¿Qué había pasado?

Regresó a su estancia el señor Gastaldi, en la creencia de verla saqueada horriblemente. Se dirigió apresuradamente a la pieza del baúl, dando ya por perdidos todos sus valores.

Y bien. Sobre una mesa estaban el reloj, las alhajas, la cartera sin un centavo de menos.

¿Quién era el "bandido" singular que tal lección dio a todos sus enemigos? El infeliz, el torturado, el asesinado Albino Arguello.

Lista macabra.

He aquí ahora los nombres de los trabajadores asesinados y cuyos cadáveres vio Francisco Vega:

Albino Arguello, herrero, argentino.

Jara, el Paraguayo.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Alfredo Vázquez, argentino.

Martense, español.

Alba, argentino.

El turco Latif.

El ruso Estanislao (cocinero de la estancia de Norberto Cobos, presidente de los brigantes de San Julián).

Bautista Oyharzun, chileno.

Por hoy basta.

Repetimos que todo lo que antecede no es más que una parte de lo que dirán nuestros diputados en el congreso.

Faltan las zonas de Santa Cruz y Deseado.

Pero antes de terminar debemos decir lo siguiente:

Francisco Vega hizo el viaje en el vapor en que iba Carlés, acompañado de Norberto Cobos y de otros.

Estos otros son testigos falsos que compró el señor Norberto Cobos, encargado de desmentir nuestras denuncias y contar falsedades.

Estamos, pues, sobre aviso. ¡La verdad triunfará!